

NO ES TAN SEGURO QUE...

FERNANDO BAYÓN MARTÍN

Director del Instituto de Estudios de Ocio y
Vicedecano de Investigación y Doctorado
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad de Deusto





No es tan seguro que, al hablar de “juventud”, sepamos demasiado bien a quién nos referimos. “La juventud” se desliza en el interior de nuestras conversaciones, muy especialmente durante estos largos últimos meses, apuntando desde afuera a “algo” que parece un bloque fácil de nominar, una diana de visibilidad prominente.

Sin embargo, ese sujeto llamado “juventud” al que atribuimos, a veces algo precipitadamente, cierta batería de actitudes y comportamientos, dista mucho de constituir un corpus monolítico de prácticas. Presuponer que la juventud se puede reducir a un repertorio de comportamientos “naturales” y socialmente aislables es el primer paso para proceder a su estigmatización.

Estos procesos de señalamiento tienen un éxito enorme en la actual economía de la comunicación. Y se ponen de manifiesto, con particular rapidez, en momentos marcados por la necesidad

de que todos nos corresponsabilicemos de la tarea de protegernos frente a un peligro que nos es común. En momentos donde la inmunidad “de rebaño” es el objetivo socialmente más apetecido, siempre se corre el riesgo de que haya una comunidad, un imaginario “sujeto colectivo”, cuyo comportamiento “natural” tememos que reviente el pacto de autoprotección.

Si, además, este “sujeto” se asocia en dicho imaginario colectivo con el ocio, es decir, con ese horizonte de prácticas avvicinado al disfrute “frívolo” y alejado de las obligaciones más serias del trabajo, el cóctel de prejuicios está listo para ser servido. El señalamiento de la juventud se hace coextensivo de un señalamiento que tiene una historia casi igual de antigua, el de las prácticas de ocio como conjunto de quehaceres improductivos en que las reglas y las éticas del trabajo se vuelven laxas.

La opinión pública “adulta” se reparte entonces entre dos extremos

–cimentados sobre una misma vaghezza de opinión-: de una parte, el ataque contra la insolidaridad y egoísmo propios de quienes se sienten biológicamente menos amenazados por el mal –postura que mueve a organizarles tours por las ucis hospitalarias para que “vean la realidad” frente a la que permanecen supuestamente inconscientes-; y, de otra, la de cierto “colegueo” paternalista que disculpa sus excesos en nombre de las urgencias de la edad (“pero si no lo hacen ahora, ¿cuándo lo van a hacer?”) y sus necesidades de desahogo y liberación.

Pero resulta que esa juventud, icónicamente resumida en escandalosas estampas de coma/navajazo/botellón, se ha bañado de realidad tanto o más que ninguno durante estos meses: *ha seguido* estudiando en instituciones que no siempre han estado a suficiente altura para atender derechos educativos que ellos han reclamado con una claridad sin demasiado eco mediático; *ha seguido* rastreando programas de formación especializada con un olfato más afinado que nunca por esa mezcla de desorientación y necesidad que cocina el presente; *ha seguido* imaginando estrategias de emprendimiento en un ecosistema económico que se solidariza muy juiciosamente con las reivindicaciones en favor de pensiones robustecidas, pero que negligente coloca el dedo en la llaga de esos sueldos hiperprecarios que inhabilitan a la “juventud” para constituir proyectos verosímiles de emancipación personal en el corto plazo.

No es tan seguro que el ocio juvenil haya sido un compendio frívolo e irresponsable de prácticas, ni que haya

dado lugar a escapismos que merezcan el reproche estándar o la comprensión tópica. Entre otras razones, porque el ocio –un amplísimo y complejo horizonte de actividad libre del que dependen las capacidades más íntimas de realización individual y proyección comunitaria de cualquier sujeto a lo largo de la vida- ha sido una de las dimensiones amputadas por unas restricciones avaladas con un consenso político que no ha ofrecido ninguna alternativa a la juventud -distinta al caótico rosario de disciplinamientos higiénicos a que toda la ciudadanía estaba expuesta-.

Hablamos de juventud y no de infancia o de adolescencia: a ella le quedan bastante estrechos los diagnósticos en torno al problema de los “niños-pantalla” o de los adolescentes cuyas familias sienten que conviven con ejemplares de una especie más rara de avistar fuera de su cuarto que un osezno en los Picos de Europa.

Hace tiempo que todas las esferas de realización de la juventud, desde los espacios formativos hasta los de la socialización y el ocio –con sus incontables cruces y mixturas- están redefinidas por una hibridación irrenunciable y, esta sí, naturalizada. La descompensación del equilibrio entre las formas presenciales de las prácticas de ocio y su despliegue en el espacio virtual -obligadamente en favor de este último- no se ha traducido, en general, en un déficit de socialización.

No ha mermado la cantidad tanto como se ha lesionado la calidad de la socialización: insertados en grupos burbuja en el espacio compartido/ segregado de la universidad, el

conservatorio o la escuela, en el siempre divergente espacio del ocio, en cambio, las burbujas han estallado. Han tenido que moderar el tráfico por todas esas rotondas de conexión con sus pares -el deporte, la cultura, el voluntariado, la creación, los cuidados, la amistad o la fiesta-, dando lugar a curiosas y autogestionarias cadenas de "ermitaños digitales".

No es tan seguro que el relato y la memoria hegemónicos de la pandemia sean de verdad sensibles a las invisibilizadas afecciones que la enfermedad ha tenido sobre la salud de los jóvenes. Hay afecciones más difíciles de identificar y visibilizar que un contagio: y si la contabilidad de éstos ya mareó a la estadística contable de las autoridades, los problemas de salud mental en la juventud, las depresiones travestidas de estrés prelaboral o simples crisis personales, las dificultades interpretadas como "quejas de vicio", quedan como una zona gris de la pandemia, relegada ante los efectos directos más incontestables que aún nos apabullan política y sanitariamente.

Muchas veces se ha reprochado a la juventud, a la juventud contemporánea, una pérdida de nervio político, una pose inhibida en el espacio de intercambio público, sospechosa de cierto conformismo. O quizás es que son culpables de una interiorización "en

exceso realista" de las innegociables condiciones con que se reproduce la existencia social en el capitalismo avanzado. Como si el gen contestatario hubiera sido reprogramado y se expresara ahora de un modo socialmente promiscuo y acomodaticio. El ocio, de nuevo, figura como el factor que es necesario introducir para que esta ecuación funcione mediáticamente.

Pero no es tan seguro que el ocio vaya asociado a procesos de desinversión política. Al menos en el caso de las prácticas juveniles, el ocio no está significando "el otro lado" de lo político, lo serio, lo responsable, lo productivo y lo adulto: el ocio -sus presencias, sus ausencias- tiene un potencial político, es decir, transformador, que todavía no ha sido leído de manera socialmente creativa. A través del ocio hay un sujeto político que se está expresando con una fuerza y complejidad que exigen atención social y no solo espacios privados de consumo y espacios públicos de docilidad funcional (y a la inversa).

Si no se rescata la dimensión política de estas prácticas, con su ilusión por criticar y resignificar el espacio de convivencia, en lugar de hablar del Ocio Post-Covid de la juventud, puede que nos estemos condenando a hablar del Ocio post-juventud de la Covid.